



trotskismo libertario que se acentúa en los años de su estadía en Chile”, “la falta de sintonía [que] exhibe un distanciamiento paulatino. [Y] García Monge profundiza su encierro en el *Repertorio*” (p. 29).

La tercera parte del estudio preliminar aborda las cartas del último período y tiene como título: “Interferencias en la actividad editorial: 1936-1958”. Salto manifiesta que en estas cartas se agudiza el distanciamiento entre ambos: “Los desacuerdos se centran en la orientación política del *Repertorio* y también en el diseño gráfico de la publicación. Para él [Glusberg] son dos aspectos de un mismo problema” (p. 30). Y expone con detalle su radicalización y militancia anti estalinista. García Monge, por su parte, accede a “los pedidos de adherir a diferentes causas políticas [que] llegan siempre desde el sur” (p. 32). En este período, según la autora, los motivos que hegemonizan el intercambio se refieren a los problemas económicos para solventar **Repertorio** y a la falta de colaboraciones. Una cita que extrae de una de las cartas de García Monge de 1940 resulta muy reveladora: “Ud. lo haya fácil; yo difícil, porque no tengo dinero. Gratis no quieren colaborar los mayores en las letras. Llevo 20 años de esperarlos. Uno que otro, Ud. lo sabe; los demás, ni recortes de prensa. Yo busco y cojo esto o aquello” (p. 35). Esas misivas le permiten a la autora entender cómo se completaban los contenidos de las sucesivas ediciones de las revistas de la época; señala al respecto: “El procedimiento de apelar al recorte y al fragmento era frecuente en la mayoría de las publicaciones de la época, pero en el **Repertorio Americano** constituyó una estrategia tan frecuente y reiterada que su uso permite explicar, en gran medida, la permanencia de la publicación durante tantos años” (p. 36).

El estudio preliminar se cierra con algunas conclusiones que se desprenden del análisis de las cartas referidas a “la existencia de redes de producción, distribución y comercialización de libros, folletos y revistas entre América Central y el Cono Sur desde

los primeros atisbos de una industria editorial” (p. 39).

A continuación, como adelantábamos arriba, se lee el apartado “Procedencia de los textos y criterios de esta edición” que expone justamente los detalles del archivo, es decir, la cantidad de cartas, su localización y algunos avatares de la búsqueda que muestran lo obturado por la pérdida o porque aún no ha sido hallado.

A partir de allí, el libro reúne el Epistolario que consiste en la edición de las 34 cartas conocidas que Joaquín García Monge y Samuel Glusberg intercambiaron entre febrero de 1920 y abril de 1958. La edición de esas cartas, como también adelantábamos, está organizadas según los tres períodos detallados en el Estudio preliminar y no se reduce a la transcripción sino que cada una de ellas habilita un aparato de notas al pie que contienen aspectos paratextuales (tipo de papel, si contiene membrete, si está mecanografiada o manuscrita, etc.), información histórica (de América y de Europa) y contextual. Entre las más valiosas aparecen las referidas a los círculos de intelectuales, quiénes los integraban y qué actividades desarrollaban. También puede leerse información económica (qué valores en dinero se manejaban por los libros, las revistas o los folletos) y, sobre todo, información referida a la labor editorial de ambos intelectuales. Todo ese acopio de datos habla de un minucioso trabajo de archivo que no se reduce a las cartas publicadas en el libro, sino que muestra una búsqueda, por ejemplo, en la colección de *Repertorio*. También se incluyen aspectos relativos a otros emprendimientos editoriales como los títulos publicados a través de la colección El convivio de García Monge o a los detalles de BABEL de Glusberg, por citar los más evidentes. Cada dato que se pone en relación aparece respaldado por la fuente correspondiente.

El libro cierra con una “Bibliografía comentada” en la que se listan los textos publicados por Glusberg en **Repertorio americano**, con su nombre real y con su

pseudónimo Enrique Espinoza. Ese anexo también ofrece información valiosa de la situacionalidad de cada texto publicado y del debate o intercambio que implicaba.

Una reflexión obvia para quien ha leído este trabajo consiste en considerarlo de inestimable valor para futuras investigaciones en el campo de la circulación editorial y de la historia de la lectura en América Latina, ya que se encuentran en él datos y relaciones confrontados con el archivo disponible hasta el momento.

Diana Moro

---

*A propósito de Santiago Roggerone ¿Alguien dijo crisis del marxismo? Axel Honneth, Slavoj y las Žižek nuevas teorías críticas de la sociedad, Buenos Aires, Prometeo, 2018, 440 pp.*

Escrito en lenguaje claro, con una prosa fluida, Santiago Roggerone acomete en esta obra una doble tarea. La primera es lo que podríamos denominar una “estado de la cuestión” de la situación del marxismo en particular y de las teorías críticas en general en el albor del siglo XXI. Desde una atalaya construida con los sólidos postes del “realismo intransigente” de Perry Anderson, Roggerone ausculta el panorama de manera descarnada, sin velos bien-pensantes. De este intento emana un diagnóstico crudo, duro por momentos, pero sumamente realista. Pero no se trata solamente de observar “lo que hay”. En las páginas de este libro hay una búsqueda de atisbar “lo que podría haber” afinado en el talante insumiso y siempre movido por una pulsión militante de Daniel Bensaid. Con el doble prisma andersoniano/bensaidiano, Roggerone recorre con calma textos y contextos, para brindar un esbozo de explicación de la crisis del pensamiento de izquierdas vinculándolo con la crisis del sistema capitalista. Una situación, para decirlo con sus propias palabras, que puede ser considerada una paradójica *transmutación*: una crisis del marxismo considerada

por muchos como terminal (cuando no definitiva) luego del desmoronamiento de la URSS, que devino en una crisis del capitalismo que lo confronta ante una necesaria o muy posible bifurcación ante la imposibilidad de continuar la reproducción en sus propios términos. Con todo, Roggerone se desmarca rápidamente de cualquier visión catastrofista: de la crisis del capitalismo no se deduce necesariamente que lo que habrá de sucederle sea el socialismo o siquiera un sistema mejor que el del capital. Desde esta paradójica situación, y agregando a su doble perspectiva analítica un trasfondo menos elaborado, pero claramente presente de condimentos lacanianos, la obra nos propone elaborar el duelo del marxismo mediante la melancolía como condición de posibilidad (del propio duelo), aunque no como punto de llegada: una de las premisas fundamentales del libro que aquí reseñamos es “que lo que se tenga que caer se caiga”.

Asumiendo una situación de encrucijada (en consonancia con la visión de Ariel Petruccelli, prologuista del libro), la obra expone y analiza los puntos ciegos y las problemáticas de la tradición marxista, sin renunciar a ella. Sintiendo cómodo en lo que concibe como el universo de los “miles de marxismos”, Roggerone expone pacientemente sus puntos de vista, en dialógica y cálida polémica con las perspectivas posestructuralistas o posmodernas. Alejado del espíritu de capilla, los argumentos son expuestos de manera clara y reflexiva, de manera respetuosa, pero sin concesiones. La primera parte culmina con una valiosa, aunque algo sesgada, cartografía de los marxismos intelectuales en los mundos pangermánico, latino y anglosajón. La segunda parte se ocupa de dos autores contemporáneos, tan sobresalientes como discordantes: Axel Honneth y Slavoj Žižek. Al margen de las obvias diferencias entre ambos —en cuanto a origen, perspectiva política, estilo literario y posición en el campo intelectual—, parece haber un buen motivo para estudiarlos conjuntamente y en paralelo. Ambos proponen una serie de revisiones y desarrollos teóricos desde

premisas que bien podríamos considerar hegel-marxistas. La influencia hegeliana (y marxista) en cada uno de ellos es, sin embargo, no sólo desigual sino incluso por momentos discordante. Roggerone se encarga muchas veces de indicar esto, si bien no en todas las ocasiones en las que resultaría pertinente. En el caso de Honneth, es la dialéctica hegeliana del reconocimiento la que se halla en los cimientos de su concepción. Sobre estas premisas, el heredero de Habermas y, por extensión, de la tradición de la prestigiosa “escuela de Frankfurt”, considera que los instrumentos teóricos que hubieran permitido alcanzar los objetivos originales del Instituto se hallaban en las obras de pensadores vinculados a la institución, aunque de una manera marginal, periférica o subordinada, como Neumann, Krichheimer, Benjamin o Fromm. Junto con ellos, señala Roggerone, Honneth incorpora importantes elementos provenientes de Michel Foucault, un pensador tan eminente como tradicionalmente olvidado por los autores vinculados o identificados con el Instituto en las décadas precedentes.

Roggerone constata y expone con detalle el giro hacia el reconocimiento desarrollado a lo largo de la carrera intelectual de Honneth. Analiza con cuidado la recepción que el mismo ha tenido y las polémicas que ha generado, característicamente el intercambio con Nancy Fraser. ¿Coincide con dicha perspectiva o, cuando menos, se siente a gusto con ella? No del todo. Aunque **¿Alguien dijo crisis del marxismo?** es en lo sustancial un texto destinado a estudiar el pensamiento de otros autores antes que a exponer el propio, entre líneas se pueden deducir, al menos, los trazos gruesos del pensamiento de Roggerone. Y en este campo parece claro que le sucede mucho más el equilibrio entre redistribución y reconocimiento que propone Fraser, que la primacía del reconocimiento reivindicada por Honneth. Paralelamente, la moderación política de este último no armoniza bien con las preferencias de Roggerone, quien en este caso se siente más próximo al radicalismo de Žižek, el otro

autor al que está dedicado el libro.

Si la perspectiva filosófica de Honneth podría ser considerada como un liberalismo crítico relativamente moderado, cuyos vínculos con el marxismo son más genealógicos que sustantivos, la obra de Žižek encarna por el contrario un radicalismo más afín al espíritu marxiano y marxista: la lucha de clases (concebida, por cierto, como antagonismo pertinaz, antes que como proceso histórico) como realidad insoslayable, la lógica del capital como ordenadora de las contradicciones contemporáneas, el comunismo como horizonte. En síntesis, una crítica radical de todo lo existente, poco complaciente con el sentido común de la época, los cánones políticos establecidos y los prejuicios a la moda.

El largo capítulo dedicado a Žižek expone largamente el pensamiento de este autor, rastrea sus polémicas (se destacan sus intercambios con Laclau y Badiou) y analiza sus puntos ciegos. Pero ello no significa que se expongan pormenorizadamente todas las obras del autor tratado, siguiendo un estricto orden cronológico y desmenuzándolas con lujo de detalles. Por el contrario —y lo mismo es válido para el capítulo dedicado a Honneth—, la lectura que esta obra nos propone es sesgada. Esto no significa necesariamente que sea arbitraria. Se trata de una selección de temáticas orientada por los núcleos problemáticos indicados en la primera parte del libro. Desde otros interrogantes, desde luego, desde disímiles problemáticas, el tratamiento dado a los mismos autores podría e incluso debería haber sido otro. Exegéticamente fiel (en la medida en que la exégesis puede ser fiel), la lectura de Roggerone es una lectura que privilegió ciertos textos, ciertos problemas, ciertas tensiones de la obra de los autores aludidos. No es un estudio intensivo de sus respectivas trayectorias en sí mismas, cuanto un estudio de ciertos problemas en la medida y la forma en que aparecen en Honneth y en Žižek. De tal cuenta, el pensamiento de Roggerone mismo aflora más bien leyendo entre líneas qué textos



elige tratar –y en cómo los aborda– antes que por medio de explícitas afirmaciones.

El talante de Žižek parece encajar mejor con la propia perspectiva de Roggerone. Así, glosándolo en tono inconfundiblemente aprobador, Roggerone escribe: “¿Qué deberíamos hacer en momentos como los que hoy nos toca vivir, entonces? No desesperar, en principio. Habría que evitar tanto el embelesamiento melancólico, nostálgico-narcisista, como la aceptación cínico-realista” (p. 375). Todo un manifiesto, podríamos decir, que en lenguaje žižekiano (y por consiguiente lacaniano), reafirma la perspectiva andersoniana.

Mediante esta perspectiva, con la que se abre y se cierra esta obra, Roggerone nos propone una vuelta a Marx desde Hegel. Al recapitular las razones por las que aunar en una misma obra a Honneth y a Žižek, escribe: “(...) ambos son intelectuales públicos, preocupados por intervenir en los problemas candentes del presente, que asumen la crisis del marxismo como tal y apuestan por el reconocimiento de la crítica. A esto se suma que, en mayor o menor grado, uno y otro comparten el interés por temas como los del (pos)estructuralismo francés, el psicoanálisis, etc. Hay un tópico, sin embargo, que hermana a sus empresas como pocos. Nos referimos, por supuesto, a Hegel. De hecho, podría decirse que, en términos generales, las obras de Honneth y Žižek suponen por igual *una vuelta a (y de) Hegel*. (p. 385). Pero no se trata de una vuelta sin más. Se trata de una vuelta a (y de) Hegel que nos invita a retornar al punto desde el que partió Marx: la crítica implacable de todo lo existente. Pero este regreso, propone Roggerone, entraña transformar a Marx, antes que sólo inter-pretarlo.

Andrea Barriga  
IFDC “Luis Beltrán”

*A propósito de Karl Schlögel, Terror y utopía. Moscú en 1937, Barcelona, Acontilado, 2014, 999 pp.*

En su monumental **Terror y utopía. Moscú en 1937**, Karl Schlögel no escapa a la tendencia que actualmente predomina en los estudios sobre Rusia y la Unión Soviética: la revisión del estalinismo y sus derivas. Sin embargo, el historiador alemán se distingue porque en su obra lo hace desde una perspectiva tan original como fascinante. Partiendo de la teoría bajtiniana de los cronotopos, el libro describe las transformaciones que sufrió la capital soviética durante el decisivo año de 1937 a través de la reconstrucción de una constelación de tiempo, lugar y acción que los contemporáneos ya experimentaban como históricamente significativa. En ese sentido, y como no podía ser de otra manera, una de las grandes apuestas del libro es escritural. Si la historiografía sigue estando a merced de la narrativa, como se sostiene en el prólogo, la construcción de una “narrativa de lo simultáneo” se plantea como un enorme desafío para exponer aquello que los sujetos percibieron como un todo integrado pero que la especialización profesional separó en fragmentos. El libro supera el desafío con creces y tal vez ese sea uno de sus mayores logros. Los otros están relacionados con el modo en el cual las diversas temáticas abordadas se enlazan con las problemáticas fundamentales de la Unión Soviética.

Una de ellas, y tal vez la más significativa, es la cuestión de la modernidad. El libro acuerda con la idea de que el estalinismo fue la instancia en el cual Rusia finalmente se modernizó, aunque la interpretación no parece tomar partido por los *modernistas* ni por los *neo-traditionalistas*, las posiciones hoy en pugna en el debate historiográfico. Por el contrario, el texto parece estar más cerca de lo que Michael David-Fox ha definido como “modernidades enredadas”, en tanto y cuanto hay una búsqueda por internacionalizar los estudios rusos y dar cuenta no solo de los paralelos o discontinuidades respecto de la modernidad

occidental sino también de las mutuas apreciaciones e interacciones producidas a través de las fronteras. En ese sentido, los acontecimientos relatados forman parte de un proceso que es singular pero no original. Aquí debemos resaltar también el esfuerzo del libro por rescatar las dimensiones sociales, económicas y estéticas de la modernidad soviética, dejando de lado las posiciones que se centraban únicamente en el Estado. La influencia del ya clásico estudio de Marshall Berman es más que significativa, sobre todo cuando Schlögel reconoce para el caso ruso la existencia del componente que el sociólogo norteamericano consideraba central para pensar la experiencia de la modernidad: la combinación en dosis iguales de fascinación y temor.

A su vez, el libro de Schlögel se suma a los estudios que sitúan a la Unión Soviética dentro del contexto más amplio del sistema mundo y que explican cómo este condicionó su desempeño tanto interno como externo. En ese sentido, la historia de Moscú del año ‘37 es parte de la europea y no una anomalía bizarra en el devenir del mundo. Si, por ejemplo, se analiza el desempeño económico de la dirigencia soviética en los decisivos años ‘20, se puede ver que la toma de sus decisiones dependió más de las transformaciones económicas mundiales que del poder supremo de Stalin o de la ideología marxista. El libro se encarga de resaltar esta cuestión en toda su complejidad, como se advierte especialmente en los capítulos dedicados al cine, a la música, a la arquitectura o a la industria automotriz. Los vínculos culturales y económicos entre la Unión Soviética y el resto del mundo son más intensos y usuales de lo que habitualmente se supuso y Moscú es uno de los tantos escenarios en donde transcurre la historia mundial. Esta cuestión se observa, incluso, en capítulos que en apariencia son más locales, como el dedicado al terror o a los grandes juicios.

A pesar de todos estos logros, al finalizar la lectura queda la sensación de algunos desbalances. Si bien el libro se propone